

## **Prólogo. Miguel Soroa: señorío en la cancha**

---

Antes de entrar en materia debo agradecer la deferencia que el doctor y buen amigo Ander Letamendia Loinaz ha tenido en brindarme la grata oportunidad de porticar este estudio acerca de la rica personalidad de Miguel Soroa.

Para el logro feliz de su empeño, Ander Letamendia ha contado con la colaboración inapreciable del biografiado, un hombre lúcido y amable, que rinde culto a la amistad sincera, con la elegancia propia de la naturalidad.

Ander Letamendia cuenta con antecedentes meritorios que avalan el saber moverse en el predio que ahora es objeto de mi interés. La biografía que responde fielmente al epígrafe *Miguel Soroa. Señorío en la cancha* da los primeros pasos en Elduaien, en el caserío natal de Soroa, y después de continuar la andadura de campeón del juego de pelota a mano, admirado e indiscutido, rinde en otro caserío de la misma Villa guipuzcoana.

Letamendia presta a la casa de labranza la atención que hace al caso. El autor describe el medio económico-social de Elduaien, donde no falta recuerdo al sugerente chirriar del *gurdi* o carro rural, motivo de atención en mas de un foráneo estudioso que se ha acercado hasta nosotros.

En un texto correspondiente a Vitoria el año 1777, que recoge Julio César Santoyo en su obra *Viajeros por Alava. Siglos XV a XVIII*, leo:

*Oyense por todas partes los chillidos de los carros del servicio del campo, que parecen trompetas de la Semana Santa.*

La impresión de hallarnos en un país extranjero se renovó a nuestros pasos por Guipuzcoa, por un ruido singular que sorprende y admira el viajero antes de acostumbrarse a él. Me refiero al chillido chirriante de los carros de bueyes que se encuentran a cada paso (...), un chirrido arrastrado y penetrante, que oído sobre todo a la caída de la tarde y de lejos, cuando al pronto no se descubre su causa, produce una impresión singularmente triste y opresora,

nota Guillermo de Humbolt en *Bocetos de un viaje a través del País Vasco*.

Dentro de estas líneas de evocación del mundo rural no pasaré por alto la inquietud sanitaria que pone a nuestro alcance un contrato firmado el año 1584 por los representantes de los Concejos de Berastegui y Elduaen con un maese cirujano, que entre otros varios extremos puntualiza:

(...), yendo como propia persona a cualquiera de las casas de dichas tierras de Berastegui y Elduaen y al barrio de Eldua y al Valle de Leizaran, en todos los tiempos en que fuere llamado con necesidad a hacer sangría y cura de herida o descalabro que se le ofreciere, y yendo a la dicha tierra de Elduaen a afeitar de mes en mes y a lo que mas se ofreciere, y en los dichos cuatro años no hara ausencia ninguna el dicho maese Juan, (...).

De la medicina llamémosla oficial pasaré al saludador o *saludorea*, del cual he oído hablar a mis mayores en mas de una ocasión. Hace años recogía una nota en el Archivo Municipal de Elduaen, que dice:

Saludador –año 1736–. Item. dio en data veinte reales de plata pagados al saludador el mes de agosto, por su salario ordinario y acostumbrado.

En el caserío, y siempre de la mano de Miguel Soroa, Ander Letamendia cita al barrenador o *palankari*. El barreno o palanca de nuestros días es una pieza de acero de unos dos metros de largo y se emplea de manera especial en el quehacer de la cantería, pero no olvidaré la importancia que el *palankari* o lanzador de la palanca ha tenido en el pretérito de nuestro deporte rural y en el campo sin fronteras de la leyenda, con hazañas fabulosas de los gentiles que lanzaban la barra desde lo alto del monte Otastarko de la Villa de Amezketa hasta el monte Yazku, en el barrio tolosano de Bedaio.

En el caserío, los años de nuestro biografiado transcurren envueltos en el calor familiar, que no escapan a la desgracia de la muerte de un hermano en la guerra civil y al fallecimiento de su padre en accidente, hecho luctuoso que trae consigo la descripción emotiva de su funeral que nos hace Ander Letamendia. Al tiempo que Miguel Soroa se sentaba al órgano del templo parroquial de Elduaen, su madre, hacendosa y ejemplar *etxekoandre* que ejercía también de serora, encordaba la campana que en lenguaje paladino se dirige a sus vecinos. Y aquí mi imaginación vuela para posar en bellas piezas literarias dedicadas a la campana:

¡Oh, vieja campana, vieja campana! –dice Gregorio de Múgica–. Tú que clamaste solícita por mi ascendencia adorada, tú que guiaste amable los primeros pasos de mi juventud, guarda el último eco de tu voz ronca y débil para lanzarlo cuando me veas caminar por el lugar donde condujeron a tantos que lloraste y que no han de volver.

Mas no todo fue caserío en los años de la infancia e incipiente juventud de Soroa. Miguel, y esto lo describe cumplidamente Letamendia Loinaz, acude a la escuela del pueblo y se entretiene en el piano de casa. No tarda en frecuentar el estudio del a la sazón ilustre organista y compositor tolosano Eduardo Moco-roa, y llega a ser un habilidoso intérprete de acordeón, con el que ameniza las veladas festivas de varios pueblos. Diría que animado por esta su dedicación musical Miguel Soroa llama a las puertas del frontón y el

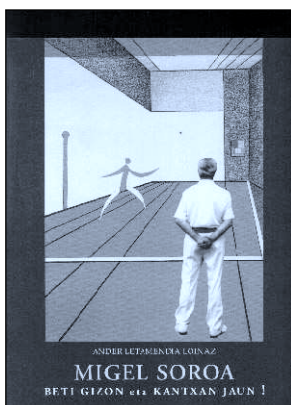
*inpernuko auspoa* o acordeón simultanea con la práctica del deporte del juego de la pelota a mano, contando para ello con el aliento de valor inapreciable de su esposa Micaela, a su lado siempre, y la influencia e intervención decisiva de su amigo y cronista de pelota Francisco Ezquiaga, sin olvidarnos del apoyo y consejo que más adelante recibiría de su hijo Antxon.

La pluma de Ander Letamendia nos lleva con acierto a través del brillante y ejemplar discurrir de Miguel Soroa en la cancha de nuestros frontones. El libro que prologo no es un estudio liviano, sino un tratado en profundidad de la personalidad del biografiado, centrado de forma particular en su vida dilatada de pelotari, en la que obtuvo los máximos galardones, materializados de manera a destacar en el título de Campeón Manomanista en el año 1954, y *txapeldun* asimismo en el mismo año en la especialidad del juego en los primeros cuadros, al vencer a Ogueta. Partidos en los que fui espectador afortunado, en mi condición de modesto *pelotazale*.

En este libro, entre los capítulos a resaltar tenemos el intitulado *Las manos de Miguel*. Son manos, las de Soroa, nos señala Letamendia, «que han herido a la pelota y, a la vez, han acunado el acordeón, han llorado con el deporte y han consolado con la música (...)». En esta parte del libro el autor se *explaya* con la competencia de un aventajado profesional que cuenta con varios estudios acerca de esta materia.

Bajo la denominación *Crónica de un homenaje*, Ander Letamendia hace memoria del acto de simpatía que el pueblo de Tolosa ofreció a Soroa el 15 de Enero de 1974, al final de su vida de pelotari profesional. En este capítulo se recoge el extenso y encomiástico comentario que acerca de este homenaje, al que tuve la suerte de asistir, hace el *maixu* de cronistas del juego de pelota, el tolosarra Francisco Ezquiaga, al que Letamendia expresa su afecto y simpatía.

*Miguel Soroa. Señorío en la cancha* de Ander Letamendia Loinaz es un libro bien logrado. Una biografía rica en anecdóticos detalles del calor humano conocidos de primera mano, que de manera alguna van en detrimento del rigor del estudio. Y esto es lo positivo e importante.



Hitzaurrea = Prólogo / Juan Garmendia Larrañaga. - En : *Miguel Soroa: beti gizon eta kantxan jaun!* = *Miguel Soroa: señorío en la cancha* / Ander Letamendia Loinaz. - Tolosa : Tolosako Udala = Ayuntamiento de Tolosa, 1999. - [282] p. : il. ; 28 cm. - P. 19-23